



# De las funciones del superyó

Eduardo Braier

## Resumen

*El autor ha reunido una serie de notas breves acerca de la estructura del superyó y las funciones que se le atribuyen, efectuadas desde una perspectiva esencialmente freudiana.*

*Concibe al superyó como una organización que se va configurando en forma gradual y que reconoce predecesores, consolidándose con la declinación del complejo de Edipo y pudiendo ulteriormente experimentar una cierta reestructuración identificatoria, en especial durante la adolescencia.*

*Señala la íntima relación entre la observación de sí y la conciencia moral y entre esta última y la función del ideal del yo.*

*Se resiste a considerar al superyó como un puro reservorio de la pulsión de muerte y destaca en cambio su función protectora, cuyo déficit genera la patología del desamparo.*

*Finalmente, el autor menciona otras funciones menos tenidas en cuenta, entre las que incluye:*  
*a) la censura, b) la participación en la represión, c) la determinación del juicio de realidad y d) la regulación de la autoestima.*

## I. Introducción

He aquí unas *notas* a través de las cuales explicitaré e intentaré fundamentar mi posición en cuanto al marco teórico-conceptual que he adoptado acerca de la estructura del superyó y de sus funciones, siguiendo una perspectiva esencialmente freudiana.

## II. Estructura y principales funciones del superyó

El superyó puede ser entendido como una estructura o sistema diferenciado del yo, dentro de la segunda teoría del funcionamiento del aparato psíquico (Freud, 1923) y sobre todo como un

conjunto de funciones. Si nos atenemos a la última propuesta de Freud acerca de la constitución del superyó (Freud, 1933 [1932]), por la cual le atribuye las funciones de *conciencia moral*, *autoobservación* y *formación de ideales*, hemos de corroborar que ello presupone la inclusión en la organización superyoica de lo que hoy, definitivamente, llamamos *ideal del yo*. Se trata entonces del Superyó-Ideal del Yo.<sup>1</sup>

En cuanto a las dos primeras funciones citadas, pueden *a priori* vincularse con facilidad entre sí.<sup>2</sup>

A mi entender, y pese a su origen diferente, tiendo a pensar que también conciencia moral e ideal del yo operan íntimamente imbricadas, que estas funciones en sí mismas se hallan interrelacionadas, como lo están, de hecho, una moral a respetar y un ideal a alcanzar. También el imperativo categórico superyoico parecería sugerir tal cosa: «Así como yo —como tu padre— deberás ser» (desde el ideal del yo), pero a la vez, «así como yo no debes ser; hay cosas que me están reservadas» (desde la instancia crítica) (Freud, 1923).<sup>3</sup>

Desde luego, aquí cabe una diferenciación conceptual y operativa entre *ideal del yo* y *yo ideal*, que no es de Freud, sino de otros autores (Nunberg, 1932; Lagache, 1958; Lacan, 1958). En este sentido, y de modo por demás sucinto, puede decirse que el *ideal del yo* constituye la salida del narcisismo primario, en el que rige el yo ideal; es, como lo dijo Freud (1914), el *heredero de ese narcisismo primitivo* (el que igualmente seguirá presente en el psiquismo del sujeto; no se trata, pues, de algo superado para siempre y desterrado del aparato psíquico).

Concibo al *ideal del yo* como una subestructura preexistente al superyó consolidado, en rigor, a la cristalización de la instancia crítica o interdictora. Mi idea es que el superyó en su conjunto se irá configurando gradualmente. Tiendo entonces a reconocer *predecesores* de la organización superyoica y aún *núcleos* muy tempranos en los primeros estadios. En este punto tengo especialmente en cuenta las contribuciones

de Abraham (1924) y de M. Klein (1928), quienes han sustentado la idea de que hay una progresiva introyección de las figuras parentales, la que se inicia antes del naufragio del complejo de Edipo, en virtud de que tanto la introyección como la proyección serían procesos continuamente activos y no dependientes de la pérdida de los objetos amados ante dicho naufragio.

Predecesores del superyó: con ello quiero decir *anteriores* al sepultamiento del complejo de Edipo, con lo que cabe relacionar no sólo al citado *ideal del yo* (conforme a sus orígenes narcisistas; según el propio Freud) sino a conceptos como el de *moral esfinteriana* de Ferenczi (1925), por ejemplo. El superyó se estructuraría más definidamente y, en suma, se *consolidaría* con la declinación del Edipo, convirtiéndose precisamente *a partir de ese momento en el heredero del complejo de Edipo*, como lo llamó el propio Freud en tantas ocasiones (véase, entre otras, Freud, 1923; 1924 y 1933 [1932]).<sup>4</sup>

Entiendo también que el superyó continúa evolucionando después del naufragio del complejo de Edipo y, al experimentar la influencia de educadores, autoridades, líderes, etc., habrá de pasar por una cierta reestructuración identificatoria en la adolescencia.

### III. Otras funciones del superyó. El superyó protector

Me resisto a ver al superyó exclusivamente como un reservorio de la pulsión tanática. Es cierto que hay pasajes en la obra de Freud que parecen avalar tal idea, que no me es posible compartir, como cuando en *El yo y el ello* señala que el superyó sería un «puro cultivo de pulsión de muerte»; pero creo que se referiría sólo a la melancolía muy grave y al suicidio, o al menos cabría pensarlo de este modo. Lo cierto es que el superyó tiene, por así decir, mala fama, o fama de malo, que viene a ser lo mismo, bastante extendida dentro de las comunidades psicoanalíticas, como si sólo se tratara de una organización destructora y de la que hubiera que librarse. Se piensa poco en sus aspectos útiles, necesarios, y en que también se trata de una formación libidinal. Por eso, me importa recordar que otra de las funciones del superyó es la *protectora*, quizá la menos mencionada por Freud y que éste no incluye en su conceptualización de 1933; no obstante se refiere a ella en varios de sus trabajos. (Véase, por ejemplo, Freud, 1923; 1926 [1925] y 1927.)

La idea acerca de una función protectora del superyó podría ser mejor aceptada si nos detuviéramos más a reflexionar en que no sólo se internaliza la agresividad de los padres o no sólo anida en el superyó la agresión que despiertan los deseos parricidas, sino que también se internalizan los rasgos y conductas parentales amorosos, y tanto las normas punitivas como las protectoras. Así, quien es amado y protegido aprenderá a amarse y a protegerse, en parte desde su superyó protector, esencialmente los padres internos. De manera que el superyó no sólo puede ser sádico y odiar al yo, sino que también es capaz de amarlo, siempre y cuando este último no caiga en el incesto y el parricidio.

La función protectora puede también ser entendida a partir del *desvalimiento* y la prematuridad humanas (Freud menciona esto en *El yo y el ello*), que crean y renuevan la necesidad de protección. Lo dicho se pone de manifiesto muy especialmente en la creencia en Dios, sobre cuya figura se proyecta la imagen del padre todopoderoso y del propio superyó. El creyente piensa: «Dios está en todas partes, nos observa, juzga y castiga. Pero además nos protege y premia». Con los ideales (de omnipotencia infantil, bondad y justicia, por ejemplo), también las distintas funciones del superyó son transferidas a la figura de Dios: observación de sí, conciencia moral y, desde luego, la función protectora, a punto tal que, desde la indefensión infantil, Dios protege al creyente de todos los peligros y, en especial, de la muerte. Esta necesidad de amor y protección se refleja asimismo en la conocida frase: «Sonríe, Dios te ama», que sugiere además la proyección de lo que algunos autores consideran otra función del superyó: la de la autoestima, dependiente de la relación del yo con su ideal.

Guiter (1998) considera que la función de protección se evidencia además en la transferencia analítica, cuando el paciente atribuye al analista condiciones para protegerlo.

Me extenderé un poco más acerca del superyó protector. Retornemos a la hipótesis central de la formación del superyó, la introyección de —e identificación con— las figuras parentales o sustitutos. El propio Freud dice en 1927 que el superyó trata, a través del humor, de consolar y proteger al yo del sufrimiento, lo que está de acuerdo con su origen parental; y ello me resulta muy convincente. Personalmente concibo parte de esa función protectora como una instancia —paterna, por ejemplo— diferenciada del yo, cual de un interlocutor interno se tratase, que lo

acompaña y auxilia, como cuando toca el turno de tomar decisiones, por ejemplo (Braier, 1990); en este sentido, el superyó protector podría intervenir haciendo incluso notar su presencia en el plano preconsciente-consciente con pensamientos tranquilizadores y/o alentadores, del tipo de: «no pierdas la calma», «eres capaz de hacerlo», etc. Prefiero pensar que en estos casos, además de la acción a cargo del yo, existe una mediación del superyó; que corresponde también a «las voces del superyó», que no sólo se encargan de llenar de insultos o amenazas al yo. Por algo E. Jones ha dicho que «[...] el superyó es tanto el enemigo del hombre como su amigo».

Es posible incluir además la prohibición del incesto y del parricidio, así como las normas impuestas por el superyó para la convivencia del sujeto con los demás, como expresión de su función protectora.

La buena salud cursa, según mi entender, con presencia de la función protectora del superyó. Reitero, no creo que por naturaleza tenga éste que ser necesaria e invariablemente sádico; su sadismo se desarrollará en cada sujeto por lo general de modo inversamente proporcional a la falta de función protectora, e indicará un mayor grado de patología, de alteración de su constitución.

La carencia de experiencias de amor y cuidado en la infancia del sujeto generan la patología que podemos llamar *del desamparo* o *desvalimiento*, con dificultades en el sostén del ser y que comprende diversos trastornos narcisistas, psicóticos y no psicóticos (depresivos, estructuras limítrofes, drogadicción, afecciones psicósomáticas).

Finalmente, en distintos pasajes de su vasta obra Freud menciona aún más funciones o influencias que habrá de atribuir al superyó y que es dable agregar a la lista. Ellas son: a) la *censura*, que describe en el contexto de la primera tópica (Freud, 1915) y que incluye la *censura onírica* (Freud, 1900;1914), b) la *participación en el proceso de represión*, ejerciendo presión sobre el yo para que reprima (Freud, 1921,1926 [1925],1933 [1932]), funciones ambas, las citadas en a) y b), tan estrechamente vinculadas entre sí que a mi entender pueden también ser consideradas una sola y adscribirse además a la instancia crítica, tal como lo hace en parte el propio Freud (1916-1917) y, por último, c) la *determinación del juicio de realidad*, que el creador del psicoanálisis adjudicó en forma alternada al superyó (Freud, 1920) y al yo (Freud, 1923); personalmente asocio el juicio de realidad tanto con la intervención de la instancia crítica como con la del ideal.

Dado que la *regulación de la autoestima* depende en parte de la relación del yo con el ideal del yo, podría también ser entendida como otra de las funciones del superyó.

### Eduardo Braier

Salvador Espriu, 69/71 6º 2ª  
08005 Barcelona  
Tel.: 93 2213094  
eabraier@telefonica.net

## Notas

1. Algunos autores —tal es el caso de Chasseguet-Smirgel (1975)— conciben al ideal del yo separado del sistema superyoico.

2. Hay una relación indisoluble entre autoobservación y conciencia moral. Observar implica criticar, que es función de la conciencia moral o instancia crítica. Dice Freud (1933 [1932]) al referirse a la instancia observadora del yo y a la conciencia moral: «Ya el contenido del delirio de observación sugiere que el observar no es sino una preparación del enjuiciar y castigar, y así colegimos que otra función de esa instancia tiene que ser lo que llamamos nuestra conciencia moral». Y poco más adelante, añade: «[...] la observación de sí, indispensable como premisa de la actividad enjuiciadora de la conciencia moral». Hace notar Guiter (1998) con acierto que no en vano al analizando, sintiéndose —y siendo— observado por el analista, sobre el que ha transferido su superyó, le resulta difícil convencerse de que las interpretaciones del analista no conllevan una crítica a su persona, en especial cuando le es interpretada la transferencia negativa.

3. No podremos extendernos en esta oportunidad sobre lo concerniente al *ideal del yo* y la *patología de los ideales* en la cura analítica, ya que se trata de una cuestión que por su complejidad y extensión requeriría un desarrollo aparte. En su obra Freud se ocupó menos de este concepto que de la relación del yo con la conciencia moral y el sentimiento de culpa emergente de dicha relación. Pero la patología de la relación yo-ideal del yo ha sido motivo de estudio de autores postfreudianos, entre los que destacaré a H. Kohut (1971) y a Chasseguet-Smirgel (1975). Al menos, y como enunciado elemental, diré que el análisis en mi criterio debiera, entre otras cosas, ayudar al analizando a adquirir un ideal más realista, esto es, acorde con la toma de conciencia y aceptación de sus propias limitaciones, lo que seguramente contrastará con su ideal del yo infantil y, desde luego, con el yo ideal del persistente narcisismo primitivo.

4. En *Inhibición, síntoma y angustia*, al describir el sepultamiento del complejo de Edipo, Freud alude a «[...] la creación o *consolidación* del superyó». (El destacado es mío.) Como ven, me he inclinado por adoptar conceptualmente el segundo de los términos, *consolidación*, antes que *creación*, porque se ajusta más a la idea de un desarrollo gradual de la organización superyoica.



## Bibliografía

- ABRAHAM, K. (1924). «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales». *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Hormé, 1959.
- BRAIER, E. (1990). *Psicoanálisis. Tabúes en teoría de la técnica. Metapsicología de la cura*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1990.
- BRAIER, E. (2005). «El análisis del superyó. Una revisión histórica». Conferencia pronunciada el 22 de septiembre de 2004 en Barcelona, bajo los auspicios de la Sociedad Española de Historia del Psicoanálisis.
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1975). *El ideal del yo*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1991.
- FERENCZI, S. (1925). «Psychanalyse de habitudes sexuelles». *Psychanalyse*, III, 1919-1926. París: Payot, 1974.
- FREUD, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Obras Completas (OC). Vols. IV y V. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1914). *Introducción del narcisismo*. Vol. XIV.
- (1915). *Lo inconciente*. Vol. XIV.
- (1916-1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Vol. XVI.
- (1920). *Más allá del principio del placer*. Vol. XVIII.
- (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Vol. XVIII.
- (1923). *El yo y el ello*. Vol. XIX.
- (1924). *El problema económico del masoquismo*. Vol. XIX.
- (1926 [1925]). *Inhibición, síntoma y angustia*. Vol. XX.
- (1927). *El humor*. Vol. XXI.
- (1933 [1932]). «La descomposición de la personalidad psíquica». *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. (Conferencia 31). Vol. XXII.
- GUITER, M. (1998). «Duelo y melancolía ochenta años después. El Superyó». En M. Guiter y H Mayer, *Potencialidad y límites terapéuticos del psicoanálisis*. Buenos Aires: Corregidor, 1998.
- KLEIN, M. (1928). «Estadios tempranos del complejo edípico». *Psicoanálisis del desarrollo temprano. Contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1971.
- KOHUT, H. (1971). *Análisis del self*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- LACAN, J. (1958). «Remarques sur le rapport de Daniel Lagache». *La Psychanalyse*. París: PUF, VI, 1958.
- LAGACHE, D. (1958). «La psychanalyse et la structure de la personnalité». *La Psychanalyse*. París: PUF, VI, 1958.
- NUNBERG, H. (1932). *Principes de psychanalyse*. París: PUF, 1957.

